

les acecha y manifestarles su libre condición para seguir, entre los caminos que se les abren delante, el bueno o el adverso. Amanece. Eva le explica apesadumbrada a Adán el extraño sueño que ha padecido; es decir, que ha tenido la tentadora visión de que, hallándose frente al Arbol de la Ciencia, un ángel le tendió la fruta y ella la tomó. Adán se preocupa mucho en un principio por este hecho; pero como ha sido un sueño, al margen de la voluntad y la conciencia, después de reflexionar, consuela y anima a su mujer. Concluida la oración matinal, salen airosos a realizar el trabajo del día. Aquí se perciben ambientes de la vida de estos afortunados seres en el Paraíso, y al mediodía, cuando ya han vuelto a su reposo y Eva se dispone a preparar el almuerzo, en la gozosa diligencia de unas eternas vacaciones, Adán distingue la llegada del mensajero del Cielo. Entonces le indica a Eva que se aplique para agasajarle, mientras él avanza a recibirle en actitud de sumisión. El almuerzo es rápido y alegre, y en él Rafael se comporta como un personaje humano, si bien de procedencia y linaje superiores. Hasta le dice un noble cumplido a Eva, en el que la llama «madre de la humanidad», cuyo vientre será más pródigo que la variedad de frutos con que ha decorado la mesa. Después del almuerzo empiezan las advertencias de Rafael sobre el enemigo, y es ahí cuando, al tener que explicar el origen de los agentes del mal, el arcángel deberá remontarse a narrar la rebelión de los ángeles malos en el Cielo, por soberbia y envidia de Lucifer al negarse a reconocer la superior jerarquía del Hijo de Dios.

Aquí hay un extenso inciso que ocupa la primera mitad del libro V y todo el VI, en el que el arcángel describe a Adán y Eva la batalla del Cielo y la derrota de los ángeles malos por los ejércitos de Dios, acaudillados por Miguel y Gabriel—Rafael no alude nunca a sí mismo, a su acción en dicha lucha, ni les comunica su nombre—; a la invención de los explosivos y los artefactos artilleros, por iniciativa de los ángeles perversos; y, finalmente, a la victoria definitiva conseguida por el Hijo, montado en el carro de guerra del Dios Padre, el Dios de los ejércitos de la Biblia, el Dios de los ejércitos de nuestros misales tradicionales. Los ángeles rebeldes quedan acorralados en los extremos del Cielo, desde donde, al abrirse sus muros, son despeñados con horror y confusión en el abismo, en una caída de nueve días a través del Caos hasta llegar a Infierno, que es donde les hallamos al empezar el poema.

Satán había arrastrado consigo un tercio de los seres celestiales, y Dios se propone ahora realizar el proyecto de crear el Mundo, como desquite de la despoblación parcial que la derrota de los ángeles rebeldes había causado en el Cielo. Esta idea de la creación, sin

embargo, como he indicado en un principio, ya se conocía en el Cielo antes de que Satán se sublevase arrastrando con astucia a sus ángeles seguidores. Y al mencionar el arcángel estos hechos, Adán le pregunta cómo fue creado el Mundo. Entonces Rafael le explica —libro VII— la creación de la parte del universo sometido a organización; es decir, la creación del mundo según los conocimientos cosmológicos y teológicos que Milton poseía, ampliados y nutridos con su imaginación de poeta. La creación la realiza no exactamente Dios, sino el Hijo, con la fuerza del verbo divino. Se abren las puertas del Cielo, y el Hijo, montado en el carro de gloria del Padre y acompañado de un séquito de ángeles, avanza por los bordes hasta los límites en que asoma el Caos, los espacios informes y confusos del universo increado. El compás de Dios, manejado por el Hijo, señala los contornos de la creación: se apaciguan las tormentas del Caos, se proyecta un chorro de luz sobre la negrura existente, y en los seis días bíblicos se realiza la creación de los astros, la Tierra, los animales y el hombre.

Terminado el relato de la creación, Adán participa a Rafael su deseo de conocer el funcionamiento de los orbes que constituyen el Universo; pero el arcángel le contesta ambiguamente, invitándole a emplear su inteligencia y aplicación en problemas que estén más a su alcance y le sean de mayor provecho; así le aconseja a limitar y refrenar su curiosidad, cuando de mera curiosidad se trata. Eva no oye estas importantes advertencias, pues al observar que la conversación adoptaba un sesgo cosmológico, se había apartado delicadamente de los interlocutores para dedicarse a actividades que le eran más gratas, diciéndose a sí misma que prefería oír la información de labios de Adán. En este punto concluye la misión del arcángel en la Tierra; pero Adán se encuentra tan satisfecho y acogido a su lado que, con el fin de retenerle más tiempo, le pregunta si desearía oír la historia de sus propios recuerdos. Rafael, siempre condescendiente, le contesta afirmativamente y le anima a relatársela. Entonces es cuando Adán le explica el recuerdo de su propia creación, y le comunica con la confiada y cándida intimidad que se ha establecido entre él y el amable arcángel, el hecho más importante de su vida: la creación y sus nupcias con Eva. Este fragmento constituye un cuadro soberbio, de pincelada miguelangelesca, y contribuye a que el libro VIII sea uno de los más importantes del poema. La descripción de la creación de Eva, la emoción de Adán y las primeras sensaciones y contactos de la primera pareja, convierten esta sección del libro en uno de los epitalamios más preciosos de la literatura universal y un rendido homenaje a la mujer.

Cae la tarde, y al declinar del sol, parte el arcángel hacia el Cielo

una vez comunicado el mensaje, y Adán se dirige en busca de su mujer y del descanso. Satán aprovecha la noche para penetrar de nuevo en el Paraíso y planear la tentación. Al levantar el día, Adán y Eva despiertan y se dirigen diligentes a la labor. Eva propone que trabajen separados, pues está segura de que de este modo darán más rendimiento; pero Adán rehúsa hacerlo, ya que por el arcángel sabe el poder del enemigo que les ronda y el peligro a que están expuestos. Adán cree que Eva es más débil y teme por ella si está sola, apartada; él está convencido de que ambos juntos son más fuertes que separados. Pero Eva se disgusta de la desconfianza que de su fortaleza muestra Adán y se hace la ofendida. Además cree que si el enemigo es tan poderoso no irá a ella por ser más débil, sino precisamente a Adán, por superior. Receloso y de mala voluntad Adán accede, y Eva sale a trabajar sola. Es la ocasión que Satán, metido en la serpiente, estaba esperando. Se acerca a ella sutilmente y con halago. Le dice que es la obra más bella de la creación; que más que mujer, merece ser una diosa, y que está en su mano serlo. La conduce frente al Arbol de la Ciencia, y después de un largo diálogo, en el que Eva demuestra su vanidad y poca consistencia, ocurre la tentación. El efecto de la fruta le produce de momento una embriagadora reacción: aparentemente, la serpiente tiene razón, y Eva ve ampliarse los límites de la inteligencia y el conocimiento. Duda si se lo comunicará a Adán, con la recóndita e ilusoria malicia femenina de ser superior a él. Pero vence el amor, y a él acude con una rama colmada del fruto del Arbol prohibido. Adán se queda asombrado y sin poder decir palabra. Después reacciona, y siente un vehemente deseo de compartir con ella el pecado de desobediencia, por solidaridad y amor. Un momento después de haber probado la fruta Adán nota una embriaguez parecida a la experimentada por Eva, y se acercan uno a otro, con el vivo y ciego deseo de los amantes de la Tierra. Al despertar de ese sueño ilusorio de tentación amorosa, Adán y Eva se aborrecen, se avergüenzan de sí mismos y empiezan a acusarse mutuamente: han perdido para siempre el frescor original de la inocencia.

Conocida la transgresión del hombre, los ángeles que custodiaban el Paraíso regresan al Cielo, y Dios envía a su Hijo a juzgar a Adán y Eva. La sentencia, aunque dura, es atenuada: su muerte no será inmediata y un descendiente de Eva aplastará la cabeza de la serpiente. Satán, victorioso, se dirige al Infierno, cruzándose por el camino con su hija y amante el Pecado, y con el hijo de ambos, la Muerte (13),

---

(13) Milton personifica el pecado como mujer; y la muerte, poéticamente, en inglés clásico, suele ser del género masculino. Aquí definitivamente lo es: la Muerte es el hijo de Satán y del Pecado.